
Su nueva
PROMETIDA
ELSA TABLAC

Derechos de autor © 2026 Elsa Tablac

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
SERIES PUBLICADAS

CAPÍTULO 1

HOPE

Empujé la puerta de cristal del rascacielos Burnside con tanta fuerza que rebotó contra la pared. El vestíbulo de mármol negro brillaba bajo las luces empotradas y el recepcionista levantó la cabeza alarmado, pero no me detuve. Sabía exactamente adónde iba.

La secretaria de Zack Burnside intentó interceptarme en el pasillo del piso veintitrés.

—Señorita Addington, el señor Burnside está en una reunión telefónica y no recibe sin cita previa.

—Pues no le va a quedar otra que recibirme ahora mismo —respondí sin reducir el paso—. Dígale que Hope Addington está aquí por la boda que acaba de cancelar sin previo aviso.

La mujer abrió la boca para replicar, pero yo ya había girado el pomo de la puerta doble de su despacho. Entré sin llamar.

Zack Burnside estaba sentado detrás de un escritorio de cristal y acero, con la chaqueta del traje colgada en el respaldo de la silla y las mangas de la camisa blanca remangadas hasta los antebrazos. No parecía sorprendido de verme. De hecho, levantó la vista con una calma irritante y dejó el bolígrafo sobre unos documentos.

—Hope —dijo simplemente, como si estuviéramos en medio de una conversación que nunca se había interrumpido.

Me planté frente a su escritorio, con el corazón latiéndome fuerte por la rabia acumulada durante todo el trayecto en taxi.

—¿Hope? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Me he enterado por la florista de que la boda del Plaza se ha suspendido. Tu novia no me coge el teléfono desde ayer por la tarde y tú… tú estás aquí tan tranquilo, revisando papeles como si nada.

Él se recostó ligeramente en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho. La tela de la camisa se tensó sobre sus hombros. Era injusto que un hombre tan arrogante resultara tan atractivo. Pelo oscuro, mandíbula marcada, ojos de un gris azulado que parecían capaces de leer cada pensamiento que pasaba por mi cabeza.

—No veo por qué debería estar alterado —contestó con voz grave y serena—. Las cosas no salieron como esperábamos. Así que he pensado que es mejor echar el freno antes de cometer un error mayor.

—¿Un error mayor? —repetí, subiendo el tono sin poder evitarlo —. Llevo seis semanas organizando una boda para cuatrocientos invitados en el Plaza. He negociado con el chef, con la orquesta, con la empresa de iluminación que instaló tres mil luces colgantes porque tú insististe en que "el techo debía parecer un cielo estrellado". ¿Sabes cuántas veces me llamaste a las once de la noche para cambiar detalles que ningún novio suele tocar? ¿Y ahora me dices que es mejor pararlo todo?

Zack no se inmutó. Su boca se curvó en un amago de sonrisa que me puso aún más nerviosa.

—Recuerdo esas llamadas. Parecías muy molesta cada vez que contestabas. Lo cual me sorprendió, porque atender mis requerimientos es exactamente tu trabajo.

—Porque lo estaba. Y lo sigo estando. Tu novia, o tu ex, ya ni lo sé… Faith Branwell, ha desaparecido del mapa y tú actúas como si hubieras cancelado una reserva en un restaurante. ¿Tienes idea de lo que esto significa para mi negocio? Las cancelaciones de último minuto destruyen mi reputación. Los proveedores ya han cobrado la señal y yo voy a tener que pelearme con todos ellos. Cuando ya está todo tan avanzado siempre recomiendo seguir adelante con la boda, y luego, en cualquier caso, divorciarse discretamente, como cualquier matrimonio de esta maldita ciudad…

Él se levantó con movimientos pausados y rodeó el escritorio. Se detuvo a menos de un metro de mí. Desde tan cerca podía oler su perfume: algo caro, con notas de madera y cítricos, tal vez. Los perfumes son una de mis pasiones y cualquier fragancia me distrae. Me obligué a mantener la mirada fija en sus ojos en lugar de bajar a la línea de su mandíbula o al cuello abierto de la camisa.

—Te compensaré económicamente —dijo con naturalidad—. Cubriré todos los gastos y te pagaré un extra por las molestias. No tienes que preocuparte por tu reputación.

Solté una risa irónica.

—¿Crees que todo se arregla con dinero, Burnside? No soy una de tus empleadas a las que puedes comprar con un cheque. He invertido tiempo, creatividad y paciencia en esta boda. Y tú… tú te metiste en cada decisión como si fueras el experto en bodas en lugar de un magnate de la moda que solo sabe mandar.

Zack dio un paso más. Ahora la distancia entre nosotros era peligrosamente corta.

—Quizá me metí porque me importaba cómo quedara todo. No quería una boda cualquiera. Quería que fuera perfecta.

—¿Perfecta para quién? —pregunté, alzando una ceja—. Porque Faith parecía bastante satisfecha con mis propuestas hasta que tú empezaste a vetarlas una tras otra.

Él inclinó ligeramente la cabeza, observándome.

—Faith y yo no encajábamos. Me di cuenta hace un tiempo, pero preferí ignorarlo. Cancelar fue la decisión correcta. Es todo lo que tengo que decir al respecto.

Lo miré fijamente, intentando leer algo en su expresión. No había rastro de tristeza ni de arrepentimiento. Solo esa calma exasperante.

—¿Y no podías haberte dado cuenta antes de que yo invirtiera seis semanas de mi vida? —insistí.

—Podría haberlo hecho —admitió—. Pero entonces no te habría conocido tan a fondo, Hope.

Parpadeé, descolocada por un segundo. Su voz había bajado un tono y mi nombre sonó diferente en su boca. Pero yo no me amilanaba ante nadie.

—No juegues conmigo —advertí—. Sé muy bien cómo sois los hombres como tú. Tienes un imperio, un ático con vistas a todo Manhattan y seguramente una fila de mujeres esperando para ocupar el lugar de Faith. No necesitas fingir que te importa mi opinión sobre tu boda cancelada.

Zack sonrió de nuevo. Parecía estar disfrutando, el muy psicópata.

—¿Una fila de mujeres? —repitió —. Interesante suposición. ¿Estarías incluida en ella?

Sentí que el calor subía por mi cuello.

—No seas ridículo. Solo estoy diciendo que no pareces especialmente destrozado por haber suspendido una boda de un

millón de dólares. La mayoría de los hombres estarían furiosos o al menos afectados.

—Quizá yo no soy como la mayoría de los hombres —contestó, encogiéndose ligeramente de hombros—. Y quizá tú no eres como la mayoría de organizadoras de bodas que he conocido.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El despacho era grande, pero en ese momento resultaba hasta pequeño. Podía oír mi propia respiración y el leve zumbido del aire acondicionado.

Finalmente, Zack habló otra vez, con un tono más bajo y decidido:

—Quiero que organices otra boda.

Lo miré sin entender.

—¿Otra boda? ¿Es que ya tienes otra novia preparada?

—No —dijo, sin apartar la mirada—. La novia serás tú.

El mundo se detuvo por un instante. Abrí la boca para responder, pero ninguna palabra salió de ella. Zack dio el último paso que nos separaba y levantó una mano, rozando con los nudillos la línea de mi mandíbula con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de sus ojos.

—No es una broma, Hope. Quiero que organices nuestra boda. Una boda real. Contigo. Tú y yo.

Mi pulso se aceleró tanto que lo sentí en los oídos. El roce de su piel contra la mía había sido ínfimo, pero suficiente para que un calor traicionero se extendiera por mi cuerpo. Me aparté un paso, aunque cada célula de mí protestó por la distancia.

—Estás loco —susurré—. Completamente loco.

—Tal vez —admitió él, y esa sonrisa peligrosa volvió a aparecer —. Pero llevo seis semanas viéndote pelear conmigo por cada detalle

y, por primera vez en mucho tiempo, no me aburro. Así que no quiero que esto termine aquí. Tú y yo vamos a casarnos.

Me quedé mirándolo, con el corazón latiendo desbocado y la mente intentando procesar lo que acababa de decir. Zack Burnside, el hombre que me había vuelto loca durante semanas, el mismo que acababa de cancelar su boda sin dar explicaciones, ahora me proponía que yo fuera la novia.

Y lo peor de todo era que, por un segundo absurdo e irracional, una parte de mí no quiso decir que no inmediatamente.

Tragué saliva y levanté la barbilla, recuperando algo de mi orgullo.

—Necesito salir de aquí antes de que diga algo de lo que me arrepienta.

Me giré hacia la puerta, pero su voz me detuvo antes de que pudiera abrirla.

—Piénsalo, Hope. No te estoy pidiendo que te decidas hoy. Solo te pido que no descartes la idea antes de que hablemos como es debido.

No respondí. Salí del despacho con las piernas temblorosas y el rastro de su mirada todavía clavado en la piel.

Mientras bajaba en el ascensor, me repetí una y otra vez que Zack Burnside era un arrogante, un imprudente y un peligro para mi cordura.

Pero por mucho que lo intentara, no conseguía borrar la sensación de sus dedos rozando mi mandíbula ni el eco de su voz diciendo mi nombre como si ya fuera suyo. En cuanto pisé la calle, me alivió el convencimiento de que, por suerte, no tendría que volver a verlo nunca más.

CAPÍTULO 2

HOPE

El aire frío de la calle me golpeó en cuanto salí del edificio Burnside. Me quedé un momento en la acera, respirando hondo mientras los taxis pasaban a toda velocidad y el bullicio de Meatpacking District me envolvía. Tenía las manos temblorosas y un nudo en el estómago.

Saqué el móvil del bolso y busqué el contacto de mi socia antes de que pudiera arrepentirme.

—Lila, necesito verte ahora mismo. ¿Puedes escaparte?

—Claro, estoy terminando con un proveedor. ¿Dónde estás? —respondió ella al segundo tono.

—Acabo de salir de la oficina de Zack Burnside. Estoy en la calle, frente a la torre. ¿Nos vemos en el café de la esquina de la Novena con la 14? El de las mesas verdes.

—Vale. Dame diez minutos. Y Hope… ¿estás bien? Suenas un poco agitada.

—Ahora te cuento. Date prisa.

Colgué y empecé a caminar hacia el café, esquivando a peatones con prisas y a un repartidor en bicicleta que casi me atropella.

El viento de octubre agitaba mi abrigo y me metí las manos en los bolsillos para que dejaran de temblar.

No podía creer lo que acababa de pasar. Zack Burnside me había propuesto matrimonio. A mí. Como si fuera lo más normal del mundo. ¿Por qué había soltado semejante estupidez?

Llegué al café antes que Lila y pedí dos *lattes* en la barra. Me senté en una mesa junto a la ventana, desde donde podía ver la gente pasar. El vapor del café me calentaba las manos cuando Lila entró como un torbellino, con su melena rubia suelta y la bufanda medio colgando.

—Vale, cuenta —dijo nada más sentarse, quitándose el abrigo—. ¿Qué ha pasado con Burnside? Me has dejado preocupada.

Tomé un sorbo largo antes de contestar, intentando ordenar mis pensamientos.

—He ido a cantarle las cuarenta. Como ya te conté, me enteré por la florista de que la boda se había cancelado y la novia no me cogía el teléfono. Entré en su despacho sin avisar ni pedir cita y… Dios, Lila, estaba ahí tan tranquilo. Como si hubiera cancelado una cena, no una boda en el Plaza con cuatrocientos invitados.

Lila abrió mucho los ojos y se inclinó hacia delante.

—¿Y qué te dijo?

—Que las cosas no habían salido como esperaba y que era mejor detenerlo antes de cometer un error mayor. Ni una explicación real. Ni una disculpa. Solo me ofreció dinero, como si eso lo arreglara todo. Le recordé todas las veces que me llamó a deshora para cambiar detalles absurdos: el tipo de flores, la disposición de las mesas, incluso el color exacto de las servilletas. Se metió en todo, Lila. En todo. Y ahora actúa como si nada.

Mi socia silbó por lo bajo y removió su café.

—Menudo carácter. Pero espera, que yo he estado haciendo llamadas mientras venía. El salseo está servido.

—¿Qué has averiguado?

Lila bajó la voz, aunque nadie nos prestaba atención.

—Faith, su ex, está destrozada. Ha sido Zack quien la ha dejado, y al parecer no le dio muchas explicaciones. Solo le dijo que no podía seguir adelante y que era mejor así. Ella se siente completamente humillada. Se ha ido a casa de sus padres en los Hamptons y no quiere hablar con nadie. Todo el mundo en el mundillo está comentando lo mismo: que Zack Burnside canceló la boda de la temporada sin pestañear. Las redes sociales ya están llenas de especulaciones. Algunos dicen que él descubrió algo sobre ella, otros que simplemente se aburrió. Pero a él parece no importarle en absoluto. Sigue con su vida como si nada.

Me quedé mirando el café, procesando la información.

—De eso doy fe…Entonces es verdad. La dejó él. Y yo voy y me presento en su oficina a gritarle como una loca.

Lila soltó una risa incrédula.

—¿En serio le gritaste? ¿A Zack Burnside? Hope, dime que no lo hiciste.

—Claro que lo hice —respondí, alzando un poco la barbilla—. Le dije que había invertido seis semanas de mi vida en esa boda, que me había vuelto loca con sus cambios de última hora y que no podía actuar como si cancelar algo de estas dimensiones fuera normal. Le solté todo lo que llevaba guardado desde hace semanas.

Mi socia me miró con la boca abierta.

—Estás loca. Ese hombre es un tiburón. ¿Y cómo reaccionó?

—Se levantó, rodeó el escritorio y se acercó, invadiendo mi espacio personal. Me dijo que quizá se metió en todo porque le importaba cómo quedara la boda. Y luego… —dudé un segundo, recordando el roce de sus dedos en mi cara— me propuso que organizara otra boda. Con él. Yo. Como su novia.

Lila casi escupe el café.

—¿Qué? ¿Te propuso matrimonio? ¿Así, de repente?

—Exacto. Me miró a los ojos y dijo que la novia sería yo. Que quería que organizara nuestra boda. Una boda real. Obviamente pensé que estaba delirando…

—Madre mía… —Lila se llevó una mano a la frente—. Menudo psicópata. La guapura no le pega nada. Ese hombre es peligroso. La tal Faith ha esquivado una bala enorme. Imagínate casarte con alguien capaz de cancelar una boda de esa magnitud sin dar explicaciones y luego proponérselo a otra en menos de veinticuatro horas. Es un loco.

Asentí con la cabeza, intentando mostrarme de acuerdo.

—Sí… es una locura. Nadie en su sano juicio hace algo así.

Lila siguió hablando, gesticulando con la mano.

—Exacto. Bueno, supongo que no hace falta que te lo diga pero deberías mantenerte lejos de él a partir de ahora, Hope. Ese tipo de hombres solo traen problemas. Tienen dinero, poder y creen que pueden tener lo que quieran cuando quieran. Tú eres demasiado lista para caer en eso. Además, con la reputación que tiene… dicen que es implacable en los negocios. No quiero ni imaginar cómo sería en una relación.

Tomé otro sorbo de café, sintiendo el calor bajar por mi garganta. Asentía en los momentos adecuados, murmuraba "tienes

razón" y "es una locura", pero por dentro una parte de mí se rebelaba contra cada palabra.

No le conté a Lila que llevaba semanas pensando en Zack Burnside de maneras bastante indecorosas. Que cada vez que me llamaba a las once de la noche para discutir sobre centros de mesa o iluminación, me quedaba mirando el teléfono después de colgar y me imaginaba cómo sería su voz en otro contexto.

No le dije que cuando entré en su despacho y lo vi en mangas de camisa mi pulso se había acelerado por algo más que rabia. Ni que el roce de sus dedos en mi cara todavía me quemaba la piel.

—Entonces, ¿qué hiciste después? —preguntó Lila, sacándome de mis ensoñaciones.

—Nada —respondí rápidamente—. Le dije que estaba loco y me fui. No pienso contestar si me llama. Esta boda cancelada ya nos ha traído suficientes dolores de cabeza. No voy a meterme en más líos con él.

Lila sonrió, satisfecha.

—Esa es mi chica. Mantente firme. Hay otros clientes. Clientes normales, que no cancelan compromisos de un día para otro ni proponen matrimonio a la persona que se ocupa de organizar su boda.

Terminamos el café hablando de otros eventos pendientes y de cómo manejar a los proveedores enfadados. Cuando nos levantamos para irnos, Lila me dio un abrazo rápido.

—Llámame si te vuelve a contactar. Y prométeme que no harás ninguna tontería.

—Prometido —dije, forzando una sonrisa.

Pero mientras caminaba de vuelta hacia mi oficina en el SoHo, con el viento revolviéndome el pelo, no podía dejar de reproducir la escena en mi cabeza. La forma en que Zack me había mirado. La seguridad en su voz cuando dijo que quería que yo fuera la novia. La manera en que mi cuerpo había reaccionado a su cercanía a pesar de todo.

Sacudí la cabeza y aceleré el paso.

Era una absoluta locura.

Zack Burnside era un problema con traje caro y sonrisa peligrosa.

Y yo no pensaba caer en su juego.

Aunque una parte traicionera de mí ya se preguntaba qué pasaría si, por una vez, dejaba de pelear y escuchaba lo que tenía que decir.

CAPÍTULO 3

ZACK

—Dime que no es verdad lo que me acaban de contar, Burnside.

La voz de Jeremy retumbó en mi despacho justo cuando estaba apagando el ordenador. Levanté la vista y lo vi apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa expresión de "te voy a matar" que solo él se permitía usar conmigo.

—Depende de qué te hayan contado —respondí, cogiendo la chaqueta del respaldo de la silla—. Si es que he cancelado la boda, entonces sí, es verdad.

Jeremy soltó una carcajada seca y entró del todo.

—Joder, Zack. El padre de Faith me ha llamado hace una hora. Está que trina. Dice que tendrás noticias suyas y que esto no se va a quedar así. ¿Se puede saber qué demonios te ha pasado?

Me puse la chaqueta y apagué la luz del escritorio.

—Vamos. Te invito a una cerveza y te lo cuento todo. Aquí las paredes oyen demasiado.

Salimos juntos del edificio. La noche ya había caído sobre Manhattan y el frío de octubre nos recibió con ganas. Caminamos en silencio dos manzanas hasta llegar a O'Malley's, un bar de barrio que no tenía nada que ver con los sitios elegantes a los que solíamos ir. Dentro olía a cerveza tirada, a madera vieja y a alitas de pollo. Había tres pantallas enormes retransmitiendo un partido de los Knicks y

varias mesas de billar al fondo. Perfecto para hablar sin que nadie nos prestara atención.

Pedimos dos cervezas en la barra y nos fuimos directos a la mesa de billar más apartada. Jeremy cogió un taco y empezó a poner las bolas mientras yo daba el primer trago.

—Venga —dijo, sin mirarme—. Suelta la bomba. ¿Por qué has cancelado la boda a dos semanas del evento? Y no me vengas con la típica mierda de "no era la indicada". Quiero la verdad.

Coloqué mi taco sobre la mesa y me apoyé en él, observándolo. Jeremy era uno de los pocos hombres que se atrevía a hablarme sin filtros. Por eso era mi socio y mi mejor amigo desde la universidad.

—Ha habido un pequeño obstáculo —empecé, midiendo mis palabras.

—¿Pequeño? —repitió él con sorna mientras rompía la formación de bolas con un golpe seco—. El padre de Faith es uno de los mayores promotores inmobiliarios de la Costa Este. Está amenazando con retirarnos varios contratos. Eso no es *pequeño,* Zack.

Sonreí sin ganas y me preparé para mi turno.

—El obstáculo se llama Hope Addington.

Jeremy se quedó quieto, con el taco a medio camino.

—Espera, me suena ese nombre. ¿No es la chica que se estaba ocupando de organizar la boda?

—La misma.

Metí la bola número cuatro en uno de los laterales y me enderecé.

—La primera vez que la vi fue en la reunión inicial para los preparativos. Entró en la sala con su carpeta, su lista de proveedores

y esa mirada que decía "no me vas a tocar las narices". Empezó a explicarme su visión y yo… simplemente me quedé bloqueado. Me parece ridículo tener que admitir esto, pero fue un flechazo, Jeremy. De los de verdad. De los que no te dejan respirar.

Mi amigo soltó una risa incrédula y rodeó la mesa.

—¿Me estás diciendo que has cancelado tu boda porque te has enamorado de la organizadora?

—Exacto.

—Estás completamente loco.

—Puede ser —admití, y metí otra bola—. Pero no he podido dejar de pensar en ella desde entonces. Cada vez que la llamaba para confirmar algo, cada vez que discutíamos por teléfono a las once de la noche porque yo quería cambiar el color de las luces o el tipo de mantel… me gustaba más. Me gustaba cómo me plantaba cara. Cómo no se achantaba aunque yo fuera el cliente que paga.

Jeremy jugó su turno y falló a propósito, solo para mirarme mejor.

—Vale. Te has encaprichado de otra. Eso lo entiendo, aunque sea una locura. Pero, ¿por qué cancelar la boda? Podías haber terminado con Faith en unos meses, después de la luna de miel o, no sé, haber sido discreto.

Negué con la cabeza.

—No. No quería hacerle eso a Faith. Y sobre todo, no quería seguir fingiendo cuando la única mujer que me interesa de verdad es Hope. Así que decidí cortar por lo sano.

Mi amigo se pasó una mano por la cara, claramente intentando procesar lo que oía.

—Y supongo que Hope ya lo sabe, porque me han dicho que alguien se ha presentado hoy en tu oficina hecha una furia.

Sonreí al recordarlo.

—Ha entrado como un huracán. Me ha gritado que cómo me atrevía a cancelar la boda sin avisar, que llevaba seis semanas volviéndose loca por mis cambios absurdos, que le había arruinado la reputación… Estaba preciosa, Jeremy. Con las mejillas rojas y los ojos echando chispas. Nunca había visto a nadie enfrentarse a mí de esa manera.

—¿Y tú qué has hecho? —preguntó él, apoyándose en el taco.

Me encogí de hombros y di otro trago a la cerveza.

—Le he dicho la verdad. O parte de ella. Que quería que organizara otra boda. Conmigo. Que la novia fuera ella.

Jeremy se quedó mirándome un segundo entero antes de soltar una carcajada fuerte que hizo que varios clientes del bar se giraran.

—Estás completamente loco —repitió, esta vez más despacio, como si quisiera que me quedara claro—. ¿Le has propuesto matrimonio a otra mujer al día siguiente de cancelar tu boda? ¿Sin preliminares? ¿Sin invitarla primero a cenar? Joder, Zack, ni en tus peores negocios eres tan directo.

—Nunca he sido muy de andarme con rodeos —contesté, sonriendo de medio lado—. Y con ella no quiero jugar. La deseo desde el primer momento en que la vi. Quiero que sea mía. Punto.

Jeremy colocó las bolas para otra partida y me miró con una mezcla de diversión y preocupación.

—Vale, vamos por partes. Primero: Faith está destrozada y su padre quiere tu cabeza. Segundo: Hope Addington no te pasa ni una y tiene carácter, según me cuentas. Mucho carácter. Y tú, amigo mío,

no eres precisamente famoso por tener tacto. ¿Cómo crees que va a reaccionar una mujer que acaba de ver cómo cancelas tu boda cuando le propones que ocupe el lugar de la novia?

—Lo he comprobado en persona. Ha salido de mi despacho diciendo que estoy loco —admití—. Pero no me ha dicho que no. Y cuando la he tocado, aunque solo ha sido un leve roce… he sentido que ella también lo notaba. Esa electricidad. Esa cosa que no se puede fingir.

Jeremy negó con la cabeza y golpeó la bola blanca con fuerza.

—Te vas a estrellar, Burnside. Esa chica debe pensar que eres un psicópata. O peor, que estás usando tu dinero y tu poder para conseguir lo que quieres. ¿Has pensado en eso?

—Claro que lo he pensado —respondí, y esta vez fallé el tiro porque mi mente estaba en otro sitio—. Pero prefiero intentarlo y que me mande a la mierda a quedarme con la duda. Llevo semanas imaginándome cómo sería tenerla cerca, discutir con ella todos los días, verla sonreír cuando no está enfadada conmigo… No voy a dejar que esto se me escape.

Mi amigo se quedó callado un momento, observándome mientras daba vueltas alrededor de la mesa. Finalmente suspiró.

—Estás hasta las trancas, ¿verdad?

—Hasta las trancas —confirmé sin dudar.

Jeremy levantó su cerveza en un brindis irónico.

—Entonces que Dios te pille confesado. Porque si Hope Addington tiene la mitad del carácter que dices, te va a hacer sudar sangre antes de darte una oportunidad.

Sonreí y choqué mi botella con la suya.

—Estoy impaciente.

Terminamos la partida en silencio casi absoluto. Yo no dejaba de darle vueltas a la misma imagen: Hope de pie frente a mi escritorio, con su exuberante pecho subiendo y bajando por la rabia, mirándome como si quisiera matarme y besarme al mismo tiempo.

Cuando salimos del bar, el frío de la noche me recompuso de nuevo. Jeremy me dio una palmada en la espalda antes de subir a un taxi.

—Hazme un favor, Zack. La próxima vez que te enamores de alguien, avísame con tiempo. Y por el amor de Dios, intenta no proponerle matrimonio justo después de cancelar tu boda anterior.

—No prometo nada —contesté, sonriendo mientras cerraba la puerta del taxi que acababa de parar.

Mientras el coche se alejaba por la calle iluminada, saqué el móvil y abrí la conversación con Hope. Todavía no le había escrito. Sabía que necesitaba un poco de espacio. Pero también sabía que no iba a esperar demasiado.

Porque por primera vez en mi vida, no quería ganar una negociación.

Quería ganar a la mujer que me había vuelto loco con solo mirarme.

CAPÍTULO 4

HOPE

Me detuve frente a las puertas del edificio Burnside por segunda vez en menos de veinticuatro horas y solté un largo suspiro.

Esta vez no venía hecha una furia. Iba a hacer las cosas bien. Había pedido cita previa, me había puesto un traje pantalón negro sencillo pero profesional y llevaba una carpeta con todos los importes detallados. Quería resolver esto de forma civilizada, cobrar lo que correspondía, pasar página y no volver a ver a Zack Burnside en mi vida.

O eso me repetía mientras subía en el ascensor.

La tarde anterior, repasando todos los pufos que había pendientes, me di cuenta de que iba a ser imposible resolver todo aquello a distancia. Tenía que volver a verlo porque necesitaba su firma.

La secretaria me recibió esta vez con una sonrisa tensa y me hizo pasar directamente. Zack estaba de pie junto a la ventana, mirando la ciudad con las manos en los bolsillos. Cuando me oyó entrar se giró y su expresión cambió. No era sorpresa exactamente, sino algo más cálido, y también más peligroso.

—Hope —dijo con esa voz grave que ya empezaba a conocer demasiado bien—. Gracias por venir.

—Señor Burnside —respondí, manteniendo un tono neutro y profesional mientras me acercaba al escritorio—. He venido a

resolver los asuntos pendientes de la boda cancelada. Creo que es lo mejor para ambas partes si lo dejamos listo cuanto antes.

Él señaló la silla frente a su mesa.

—Siéntate, por favor. Cuéntame todo.

Me senté con la espalda recta y abrí la carpeta.

—Vale. He recibido una llamada esta mañana del señor Branwell, el padre de Faith. Está muy enfadado y exige la devolución inmediata de todos los pagos realizados por su parte. Algunos me temo que ya no se pueden recuperar: la señal del Plaza, la orquesta, el catering, la empresa de iluminación… He preparado una lista detallada de lo que se puede reembolsar y de lo que ya está perdido. Si eres tan amable de extender los cheques, yo me encargaré de hacer las transferencias correspondientes al señor Branwell.

Zack se sentó frente a mí, cogió una chequera y un bolígrafo Montblanc y me miró con calma.

—Ve diciéndome las cantidades y la referencia.

Empecé a dictar.

—Quince mil dólares al Plaza por la cancelación fuera de plazo. Ocho mil a la orquesta de cámara. Doce mil al chef privado y su equipo. Veintidós mil a la empresa de iluminación y decoración. Cinco mil a la floristería…

Él iba firmando cada cheque sin discutir, con movimientos precisos y tranquilos. Cada vez que levantaba la vista para confirmar una cifra, sus ojos grises se detenían en los míos. Intenté concentrarme en los números, pero era difícil ignorar cómo me observaba.

—…y finalmente, mis propios honorarios por las seis semanas de trabajo —concluí, deslizando el último documento hacia él—. Treinta y dos mil dólares. Incluye reuniones, desplazamientos y horas extras por tus cambios de última hora.

Zack firmó también ese cheque y lo empujó hacia mí junto con los demás.

—Aquí tienes. Todo resuelto.

Recogí los cheques y los guardé en la carpeta, sintiendo una mezcla de alivio y frustración.

—Gracias. Siento que nos veamos en estas circunstancias. El señor Branwell estaba muy alterado y me dio pena. Su hija está destrozada, según me han contado.

—Lo sé —respondió él sin alterarse—. Pero no podía seguir adelante con algo que no sentía. Habría sido un error aún mayor.

Cerré la carpeta y me puse de pie, dispuesta a marcharme cuanto antes.

—Bien. Pues eso es todo. Espero que todo se solucione sin más complicaciones.

Cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, su voz me detuvo.

—Hope, espera.

Me giré a medias.

—¿Sí?

Zack rodeó el escritorio y se acercó lentamente.

—Yo también siento que nos veamos en estas circunstancias porque lo que realmente quiero es invitarte a cenar. Esta noche. Y no me apetece esperar un tiempo prudencial para hacerlo.

Parpadeé, segura de haber oído mal.

—¿Perdona?

—Quiero cenar contigo —repitió, deteniéndose a solo un paso de mí—. No como cliente. Como Zack y Hope. Sin contratos ni bodas canceladas de por medio.

El calor me subió otra vez por el cuello.

—Estás bromeando, ¿no?

—No bromeo nunca con estas cosas. Reconozco que ayer fui un poco torpe a la hora de proponerte…

Di un paso atrás, intentando mantener la distancia.

—Zack, supongo que ya puedo llamarte Zack…Acabas de cancelar tu boda. Tu ex prometida está en los Hamptons hecha pedazos y su padre quiere demandarte. Yo soy la persona que organizaba ese evento. No puedes… no puedes proponerme una cita como si nada hubiera pasado.

Él inclinó ligeramente la cabeza, observándome como si fuera un animalito y él un depredador.

—¿Por qué no?

—Porque no es normal —respondí, alzando un poco la voz—. Porque la gente normal espera, procesa, guarda un mínimo de decencia. Y porque yo no soy un premio de consolación ni un capricho que se te antoja ahora que estás libre.

Zack dio un paso adelante, acortando de nuevo la distancia.

—Pero es que yo no te veo como un premio de consolación. Te veo como la única mujer que ha conseguido que me importe algo más que cerrar un buen acuerdo. Llevo semanas pensando en ti. Discutiendo contigo por teléfono a las once de la noche y deseando que esas llamadas no terminasen nunca. No sé si estoy siendo

suficientemente claro, Hope, pero tú eres la razón por la que he cancelado esa boda.

Sacudí la cabeza, intentando que mi cerebro funcionara con normalidad.

—No puede ser. Esto no puede ser.

—¿Por qué? —preguntó él en voz baja—. Dime una sola razón convincente por la que no puedas cenar conmigo esta noche.

—Porque acabas de firmar cheques por más de cien mil dólares para arreglar el desastre que tú mismo has provocado —contesté, señalando la carpeta que aún llevaba en la mano—. Porque toda Nueva York está hablando de ti. Yo tengo una reputación que mantener y no puedo permitirme que la gente piense que me he liado con un cliente que justo acaba de cancelar su boda. ¿En qué lugar me dejaría eso…?

Zack sonrió, una sonrisa lenta y peligrosa que no llegó a suavizar la intensidad de su mirada.

—Entonces que hablen. Yo solo quiero conocerte fuera de esta oficina. Sin contratos ni bodas. Solo tú y yo.

Intenté encontrar más argumentos, pero mi mente se estaba quedando en blanco. Su cercanía, la contundencia de su cuerpo, su perfume, la forma en que me miraba… todo conspiraba contra mi sentido común.

—Necesito salir de aquí —balbuceé finalmente, girándome hacia la puerta.

No llegué a abrirla.

Zack dio dos pasos rápidos, me sujetó suavemente por el codo y me hizo girarme hacia él. Antes de que pudiera protestar, su boca estaba sobre la mía.

El beso no fue suave ni tentativo. Fue firme, decidido, lleno de esa misma seguridad con la que firmó los cheques. Su mano subió hasta mi nuca, sujetándome con delicadeza mientras sus labios se movían contra los míos con una precisión que me dejó sin aliento. Sabía a café y a algo más oscuro, más adictivo. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza: mis manos se aferraron a las solapas de su chaqueta y, por un segundo interminable, le devolví el beso.

Cuando se apartó, mis piernas temblaban de verdad. Tuve que apoyarme en la puerta para no caerme.

Zack apoyó su frente contra la mía durante un instante, respirando con fuerza.

—Cenaremos juntos —murmuró contra mis labios—. Esta noche. Te recojo a las ocho.

Parpadeé, todavía aturdida por el beso y por el calor que se había instalado en mi vientre.

—Estás… estás completamente loco.

—Tal vez —admitió él, y sonrió de esa forma que hacía que mi pulso se descontrolara—. Pero tú también lo has sentido. No me digas que no.

Me separé de él con esfuerzo y abrí la puerta.

—No voy a cenar contigo, Zack.

Él se quedó allí, con las manos en los bolsillos y esa mirada que parecía atravesarme.

—Te recojo a las ocho —repitió simplemente.

Salí al pasillo con las mejillas ardiendo y el corazón latiéndome en los oídos. Mientras esperaba el ascensor, me toqué los labios todavía sensibles por el beso y me repetí una y otra vez que no iba a ceder.

Pero cuando las puertas del ascensor se cerraron y me vi reflejada en el espejo, supe que estaba mintiéndome a mí misma.

Porque por mucho que intentara negarlo, ese beso había sido el momento más intenso que había vivido en años. Y una parte traicionera de mí ya estaba contando las horas hasta volverlo a ver.

CAPÍTULO 5

HOPE

El coche negro se detuvo frente a un edificio discreto en el Upper East Side. Allí no había ni cartel luminoso ni cola en la puerta. Solo una placa de bronce pequeña que decía "Le Jardin".

Sabía perfectamente dónde estaba: en uno de los restaurantes más exclusivos y demandados de Nueva York, donde las reservas se hacían con meses de antelación y la mayoría de los comensales tenían apellido conocido o cuenta bancaria de ocho cifras.

Zack bajó primero y me tendió la mano. La acepté, aunque mis dedos temblaban ligeramente. Llevaba un vestido negro sencillo que había elegido después de probarme cuatro opciones, y todavía no asimilaba que estuviera allí.

—No puedo creer que haya aceptado esto —murmuré mientras entrábamos.

Él sonrió, una sonrisa amplia y satisfecha que no le había visto antes.

—Pues yo sí. Y me alegro de que lo hayas hecho.

El *maître* nos llevó a una mesa apartada junto a una ventana que daba a un pequeño jardín interior iluminado con luces cálidas. En cuanto nos sentamos, sentí las miradas ajenas. Una pareja en la mesa de al lado nos observó con disimulo. Un hombre mayor en la

barra levantó una ceja. Incluso el camarero pareció reconocernos. O más bien reconocerlo a él.

Me removí en la silla, incómoda.

—Nos están mirando.

Zack abrió la carta de vinos sin inmutarse.

—Que miren. Esta noche no tengo nada que esconder.

—Yo sí —respondí en voz baja—. Todo esto ha sido tan repentino que ni siquiera se lo he contado a Lila, mi socia. Si alguien del mundillo de eventos nos ve aquí juntos… Dios, Zack, ni siquiera han pasado cuarenta y ocho horas desde que cancelaste tu boda.

Él dejó la carta y me miró directamente. Sus ojos grises ya no tenían esa frialdad profesional que mostraba en las reuniones. Ahora brillaban con un deje más cálido y posesivo, como si estuviera orgulloso de tenerme sentada frente a él.

—Relájate, Hope —dijo con voz suave pero firme—. Nadie va a crucificarte por cenar conmigo. Y si lo intentan, yo me encargo.

Pedimos la cena —vieiras con salsa de trufa para mí y un filete poco hecho para él— y una botella de vino blanco que probablemente costaba más que mi alquiler mensual. Mientras esperábamos el primer plato, nos quedamos en silencio. Y eso no nos incomodó. Zack parecía completamente a gusto, recostado en su silla, observándome como si fuera lo más interesante de la sala.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo —comenté, girando la copa entre mis dedos—. Yo estoy hecha un manojo de nervios.

—Porque por fin estoy donde quiero estar —contestó sin dudar —. Contigo. Sin contratos de boda, sin intermediarios. Solo nosotros.

Llegaron los entrantes y empecé a picotear sin mucho apetito.

—Zack… necesito que seas sincero conmigo. ¿Por qué cancelaste la boda de verdad? No me vale con "no era la indicada". Quiero entenderlo.

Él dejó el tenedor y se inclinó ligeramente hacia delante. Su mirada se volvió más seria. Parecía dispuesto a compartir *su* verdad.

—Faith y yo llevábamos saliendo casi dos años. La relación funcionaba en lo superficial: eventos, viajes, buena imagen. Pero nunca sentí que encajáramos de verdad. Los últimos meses me di cuenta de que estaba siguiendo un guión que no me convencía. Cuando te conocí en la primera reunión de planificación… todo cambió. Fue inmediato. Un flechazo, como dicen. Al principio me costó aceptarlo. Me repetía que era una locura, que apenas te conocía, que estaba comprometido y que lo iba a poner todo patas arriba. Pero cada vez que hablábamos por teléfono, cada vez que discutíamos por un detalle absurdo, sentía que estaba más vivo que en los últimos dos años con ella. Y al final no pude seguir fingiendo. Cancelé porque quedarme con Faith habría sido mentirle a ella y mentirme a mí mismo.

Escuché en silencio, procesando sus palabras.

—He visto muchas bodas. Muchas historias que sé que acabarán naufragando. No creo en los flechazos, Zack —admití—. Ni en los amores repentinos. Siempre he pensado que el amor se construye con tiempo, con esfuerzo…

—Y sin embargo aquí estás —interrumpió él con una media sonrisa—. Cenando conmigo a pesar de todo.

Bajé la mirada al plato.

—Tú también me atraes, Zack. Mucho. Desde hace semanas. Cada vez que discutíamos por teléfono me quedaba pensando en ti

más de la cuenta. Pero eso no cambia la realidad. Si salgo contigo, mi credibilidad como organizadora de bodas se va al garete. ¿Quién va a contratar a la mujer que se lio con el novio de su última boda? ¿No lo entiendes? Me convertiré en la comidilla de todo el sector. Perderé clientes, reputación… todo por lo que he trabajado estos años.

Zack extendió la mano sobre la mesa y rozó mis dedos con los suyos. El contacto fue ligero, pero suficiente para que un escalofrío me recorriera el brazo.

—Entiendo tu preocupación. De verdad. Pero yo no voy a permitir que eso pase. Tu trabajo es excelente y la gente que te contrata lo hace por eso, no por con quién cenas. Además… —su pulgar acarició el dorso de mi mano— si te soy sincero no me importa lo que digan de mí. Nunca me ha importado. Solo me importa lo que pase entre tú y yo.

Las miradas a nuestro alrededor se intensificaban. Una mujer en la mesa del fondo susurró algo a su acompañante mientras nos observaba. Ya estaba empezando a acalorarme de nuevo.

—Nos están mirando otra vez —susurré, retirando suavemente mi mano.

—Que miren —repitió él, sin apartar los ojos de mí—. Me gusta que te vean conmigo. Me gusta exhibirte, Hope. Porque por primera vez en mucho tiempo siento que estoy con alguien real.

La conversación fluyó después de eso. Hablamos de viajes, de música, de cómo él había construido su imperio en la moda y de cómo yo había empezado mi empresa con solo dos clientes y mucha tozudez.

Zack estaba relajado, atento, y su risa grave aparecía cada vez que yo soltaba algún comentario sarcástico. Era fácil hablar con él cuando no estábamos discutiendo por centros de mesa.

Sin embargo, ese núcleo de inquietud en mi estómago no desaparecía. Cada vez que alguien pasaba cerca de nuestra mesa, me tensaba. No habíamos pedido postre y ya estaba deseando que la cena terminara.

Zack pareció notar mi incomodidad. Terminó su copa de vino y dejó la servilleta sobre la mesa.

—¿Quieres que nos marchemos?

Asentí.

—Sí, por favor.

Pagó la cuenta sin dejarme ver el importe y nos levantamos. Mientras caminábamos hacia la salida, su mano se posó en la parte baja de mi espalda, guiándome con decisión. El contacto era cálido y posesivo, y una parte de mí no quería que la apartara.

Una vez en la acera, el aire frío de la noche me golpeó. El chófer ya esperaba con el coche. Durante el trayecto de vuelta al SoHo apenas hablamos. Yo miraba por la ventana las luces de Manhattan, con el corazón latiendo fuerte y la cabeza hecha un lío. El beso en su despacho, la cena, sus palabras… todo era demasiado y demasiado rápido.

Cuando el coche se detuvo frente a mi edificio, Zack bajó conmigo y me acompañó hasta la puerta. La calle estaba tranquila, solo se oía el lejano rumor del tráfico.

—Buenas noches, Hope —murmuró, rozando mi mejilla con los nudillos.

Me quedé allí, mirándolo. Su mirada había cambiado por completo: ya no era solo deseo o arrogancia. Había algo más profundo, algo que me hacía sentir deseada de una forma que nunca había experimentado. Mi pulso se aceleró. Sabía que debía despedirme, cerrar la puerta y subir sola. Aún estaba a tiempo de reconducir toda aquella locura. Pero no pude.

—No te vayas todavía —susurré.

Zack levantó una ceja, sorprendido pero claramente complacido.

—¿Estás segura?

Asentí, aunque el nerviosismo me recorría todo el cuerpo.

—Sube.

CAPÍTULO 6

ZACK

No dijo nada más. Solo me miró con esos ojos verdes llenos de fuego y deseo, y supe que ya no había vuelta atrás.

La seguí escaleras arriba hasta su apartamento en el tercer piso. El pasillo era estrecho, la luz tenue, y cada paso que dábamos parecía cargar el aire con más electricidad. En cuanto cerró la puerta detrás de nosotros, el mundo exterior desapareció por completo. Solo quedábamos ella y yo, y la tensión que había estado creciendo entre nosotros durante semanas explotó de golpe.

La atrapé contra la pared del pasillo antes de que pudiera dar un solo paso más. Mi boca se estrelló contra la suya en un beso profundo, hambriento, casi salvaje. Hope gimió contra mis labios y yo devoré ese sonido delicioso, deslizando la lengua dentro de su boca mientras mis manos bajaban por sus costados y apretaban su cintura contra mí. Sentía cada curva de su cuerpo a través del vestido negro y quería arrancárselo de una vez.

—Llevo semanas imaginando esto —murmuré contra su boca, mordiendo su labio inferior con fuerza suficiente para que jadeara—. Imaginando cómo sabrías, cómo te sentirías contra mí… cómo gemirías mi nombre.

Sus dedos se enredaron en mi pelo y tiró con fuerza, respondiendo al beso con la misma urgencia.

—Entonces deja de hablar y hazlo, Zack. Te quiero ahora.

No necesité más invitación. La levanté en brazos y ella rodeó mi cintura con las piernas al instante, como si hubiera estado esperando ese momento tanto como yo. Su espalda chocó contra la pared otra vez mientras yo devoraba su cuello, bajando por la línea de su clavícula y mordiendo la piel sensible justo donde latía su pulso. Mis manos subieron por sus muslos, subiendo el vestido hasta la cintura, y sentí la piel caliente y suave bajo mis palmas.

—Dios, Hope… estás ardiendo —gruñí contra su hombro, presionando mi erección contra ella para que sintiera exactamente cuánto la deseaba—. Tan húmeda ya… y todavía ni siquiera te he quitado las bragas.

Ella arqueó la espalda, frotándose contra mí con un movimiento lento y deliberado que me volvió loco.

—Entonces quítamelas. Quiero sentirte dentro. No quiero esperar más.

Le bajé la cremallera del vestido con un movimiento rápido y la tela cayó al suelo con un susurro. Ella se quedó solo con un conjunto de encaje negro que me dejó sin aliento. Mis manos recorrieron su cuerpo con avidez: acaricié la curva de sus pechos, pellizqué sus pezones a través del encaje hasta que gimió, y bajé hasta la cintura estrecha y las caderas que encajaban perfectamente en mis manos.

Me deshice de su sujetador y capturé uno de sus pechos con la boca, succionando con fuerza mientras mis dedos se colaban bajo el encaje de sus bragas. Estaba empapada. Deslicé dos dedos dentro de ella con facilidad y empecé a moverlos despacio, curvándolos justo donde sabía que la volvería loca.

—Así… —jadeó ella, clavando las uñas en mis hombros—. Más profundo, Zack. Quiero que me folles con los dedos primero.

—Eres maravillosa cuando te excitas —gruñí contra su piel, acelerando el movimiento de mi mano—. Me encanta. Dime cuánto me deseas.

—Mucho —confesó entre gemidos, moviendo las caderas contra mi mano—. Llevo semanas tocándome pensando en ti… imaginando que eras tú quien me hacía esto.

Esa confesión me encendió aún más. La besé con fuerza mientras seguía haciéndoselo con los dedos, frotando su clítoris con el pulgar hasta que sus piernas empezaron a temblar. Cuando sentí que estaba a punto, me detuve de golpe y la llevé en brazos hasta el dormitorio.

La tumbé en la cama y me deshice de mi camisa y mis pantalones en tiempo récord. Cuando me coloqué sobre ella, completamente desnudo, Hope me miró con los ojos oscuros de deseo y separó las piernas para mí, invitándome.

—Quiero sentirte entero —murmuró, pasando las manos por mi pecho y bajando hasta mi abdomen—. Métemela ya, Zack. Quiero que me llenes.

Me hundí en ella de una sola estocada profunda y los dos gemimos al mismo tiempo. Estaba apretada, caliente, perfecta. Me quedé quieto un segundo, disfrutando de la sensación de estar dentro de Hope, de cómo su cuerpo me recibía como si estuviera hecho para mí.

—Joder, Hope… —gruñí, empezando a moverme con un ritmo lento pero intenso—. Estás tan apretada alrededor de mí… tan mojada… Me vuelves loco.

Ella levantó las caderas para encontrarse conmigo en cada embestida, clavando los talones en mi espalda.

—Más fuerte —exigió con voz entrecortada—. Quiero que me folles como si me odiaras y me desearas al mismo tiempo. Como en todas esas discusiones que teníamos.

Aumenté el ritmo, empujando más profundo, más rápido. La cama crujía bajo nosotros y el sonido de nuestra piel chocando llenaba la habitación junto con sus gemidos y mis gruñidos bajos. Mis manos sujetaban sus caderas con fuerza, marcándola, guiándola exactamente como yo quería.

—Eres mía esta noche —le dije al oído, mordiendo el lóbulo—. Dilo.

—Soy tuya —jadeó ella, arqueándose contra mí—. Solo tuya, Zack. No pares… por favor, no pares.

Bajé la cabeza y capturé su boca en un beso brutal mientras seguía embistiéndola sin piedad. Luego bajé hasta sus pechos, succionando y mordiendo sus pezones hasta que gritó mi nombre. Cambié el ángulo de mis caderas y empecé a golpear ese punto exacto dentro de ella con cada embestida.

—Ahí… justo ahí —gimió, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás—. Me voy a correr… Zack, me voy a correr.

—Córrete para mí —ordené, acelerando aún más—. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mi polla.

Su cuerpo se tensó de repente y explotó con un grito ahogado, contrayéndose alrededor de mí con fuerza. Sentí cada pulso, cada contracción, y eso me llevó al límite. Con unas últimas embestidas profundas y duras me corrí dentro de ella, gruñendo su nombre contra su cuello mientras el placer me atravesaba.

Nos quedamos unidos un largo momento, respirando con dificultad, sudorosos y temblando. Luego me dejé caer a su lado y la

atraje contra mi pecho, rodeándola con los brazos. Hope apoyó la cabeza sobre mi corazón y yo besé su frente, su sien, la curva de su hombro, todavía dentro de ella.

—Esto ha sido… increíble —murmuró ella, todavía sin aliento, pasando los dedos por mi pecho.

—Ha sido perfecto —respondí, acariciando su espalda desnuda con movimientos lentos—. Y no hemos terminado todavía.

Ella levantó la cabeza y me miró con una sonrisa perezosa y satisfecha.

—¿Ah, no?

Sonreí y la besé despacio, saboreando el momento.

—No. Dame diez minutos y te demuestro que puedo hacer que te corras otra vez… y otra.

Hope se rio suavemente contra mi boca y se apretó más contra mí.

—Eres insaciable, Burnside.

—Solo contigo, Addington. Solo contigo.

La abracé más fuerte y cerré los ojos, disfrutando del calor de su cuerpo contra el mío y del latido acelerado de su corazón. Fuera, Nueva York seguía girando con sus luces y sus rumores, pero aquí dentro solo existíamos nosotros dos.

Y por primera vez en mi vida, no tenía ninguna prisa por salir de esa burbuja.

CAPÍTULO 7

HOPE

Las últimas tres semanas habían sido un torbellino dulce y peligroso al mismo tiempo.

Pasaba casi todas las noches en el ático de Zack en Tribeca. El espacio era enorme, con ventanales del suelo al techo que ofrecían una vista impresionante del Hudson y las luces de Nueva Jersey al otro lado.

Me había acostumbrado a despertarme con el aroma del café que él preparaba personalmente cada mañana, a encontrar notas breves pero cariñosas en la cocina cuando tenía que salir temprano a una reunión, y a sentir sus brazos rodeándome en mitad de la noche cuando llegaba tarde del trabajo.

Zack era meticuloso en todo. En su empresa controlaba cada detalle con precisión quirúrgica, pero conmigo mostraba una atención que me desarmaba. Recordaba siempre cómo tomaba el café, qué tipo de música me gustaba escuchar mientras trabajaba, y siempre tenía mi vino favorito enfriándose cuando llegaba agotada de reuniones con proveedores. Era dulce de una forma que contrastaba con esa imagen arrogante que había conocido al principio: me besaba la frente cuando me quedaba dormida en el sofá, me enviaba mensajes durante el día solo para preguntar cómo

iba mi jornada, y me hacía el amor con una mezcla de pasión y ternura que me dejaba temblando.

También había conocido a Jeremy, su mejor amigo y socio. Habíamos cenado los tres en un restaurante discreto y Jeremy me había tratado con mucha familiaridad, aunque no ocultó que le parecía una locura todo lo que estaba pasando. "Nunca había visto a Zack así", me dijo en un momento en que se levantó para atender una llamada. "Estás haciendo algo que nadie más había conseguido".

Todo apuntaba a que lo nuestro podía ser real. Salíamos sin ocultarnos demasiado. Habíamos cenado en varios restaurantes, paseado por el High Line y hasta habíamos ido juntos a una exposición de arte en Chelsea. Las miradas seguían recayendo sobre nosotros, pero Zack parecía disfrutarlas. Yo, en cambio, todavía sentía una cierta inquietud cada vez que alguien nos reconocía.

Sin embargo, no había sido capaz de contárselo a Lila. Cada vez que pensaba en llamarla o quedar con ella más allá de nuestras esporádicas reuniones de trabajo, me invadía el miedo. Sabía que no lo entendería. O peor, que me juzgaría. Así que seguí callando, disfrutando de las noches en el ático y convenciéndome de que ya encontraría el momento adecuado.

Pero siempre había una sombra en el fondo de mi mente: Faith. La ex prometida que Zack había dejado sin muchas explicaciones. Cada vez que me abrazaba fuerte por las noches o me susurraba que era suya, una vocecita cruel me recordaba que yo también podía acabar igual. Plantada. Humillada. Reemplazada cuando él se aburriera o decidiera que "no era la indicada". Intentaba apartar esos pensamientos, pero volvían con fuerza en los momentos de silencio.

Esa mañana había salido temprano del ático de Zack para reunirme con Audrey, mi proveedora de arreglos florales de confianza en el Flower District. Estábamos revisando muestras para un evento pequeño cuando mi teléfono vibró sobre la mesa.

Era Lila.

—Hola —contesté, intentando sonar normal.

—Hope, tenemos que vernos. Lo antes posible, por favor.

Su tono era seco, casi cortante.

—¿Va todo bien?

—No te puedo contar por teléfono. ¿Puedes estar en la cafetería de siempre en veinte minutos?

Miré a Audrey, que me observaba con curiosidad, y asentí aunque ella no pudiera verme.

—Está bien. Voy para allá.

Colgué y me disculpé con Audrey, prometiéndole que volvería más tarde. Caminé las pocas manzanas hasta la cafetería con el corazón a mil revoluciones. Cuando entré, Lila ya estaba sentada en una mesa del fondo, con un café intacto frente a ella y expresión seria.

Me senté frente a ella y forcé una sonrisa.

—¿Qué pasa? Me has asustado.

Lila me miró directamente a los ojos sin devolver la sonrisa.

—Dos clientas han cancelado esta mañana. Ambas han decidido buscar a otra organizadora de bodas. Una de ellas fue muy clara: no quiere trabajar con alguien que esté involucrada en un escándalo.

Sentí que la sangre se me helaba.

—¿Qué escándalo?

—No te hagas la tonta, Hope —su voz bajó de tono, pero el enfado era evidente—. ¿Es verdad lo que se dice? ¿Estás saliendo con Zack Burnside?

Tragué saliva. No tenía sentido seguir mintiendo.

—Sí… es verdad.

Lila soltó una risa corta y amarga, negando con la cabeza.

—Dios mío… ¿Desde cuándo? ¿Y por qué demonios no me lo has contado?

—Lila, yo…

—No —me cortó, levantando una mano—. No me vengas con excusas. Llevamos años trabajando juntas. Hemos construido esta empresa desde cero. ¿Y ahora me entero por terceras personas de que estás liada con el cliente que nos ha causado el mayor dolor de cabeza del año? ¿Sabes lo que he llegado a oír? Que te has acostado con él mientras organizabas su boda. Que probablemente por eso canceló todo, porque ya te tenía a ti en mente.

—Eso no es cierto —protesté, sintiendo cómo se me calentaban las mejillas—. Las cosas no fueron así.

—Da igual cómo fueran —replicó ella, subiendo un poco el tono —. La percepción es lo que importa. Dos clientas importantes se han ido. Y si esto sigue así, vendrán más cancelaciones. ¿En qué estabas pensando, Hope? ¿De verdad creíste que podías esconder algo así? Os han visto.

Bajé la mirada a mi taza vacía, sintiendo un peso enorme en el pecho.

—Tenía miedo de tu reacción. Sabía que no lo entenderías.

—Claro que no lo entiendo —dijo Lila, visiblemente alterada—. Porque esto no solo afecta a tu vida personal, también afecta a

nuestro negocio. A las dos. A ti y a mí. Y lo peor es que no confiaste en mí lo suficiente como para contármelo. Eso me duele más que el hecho en sí.

Se hizo un silencio pesado entre nosotras. Lila respiró hondo y se pasó una mano por el pelo.

—Necesito pensar si puedo seguir trabajando contigo en estas condiciones —dijo finalmente, con la voz más baja pero firme—. Voy a tener que valorar seriamente si seguimos siendo socias.

Las palabras cayeron sobre mí como una lápida. Levanté la vista, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Lila…

—No digas nada ahora —me interrumpió, levantándose de la mesa—. Necesito procesar esto. Te llamaré cuando haya tomado una decisión.

Se marchó sin mirar atrás, dejando su café intacto y a mí sentada allí, con el corazón hecho pedazos y la sensación de que todo lo bonito que había vivido estas semanas acababa de empezar a desmoronarse.

Me quedé sola en la cafetería, con las manos temblando sobre la mesa y una única pregunta repitiéndose en mi cabeza:

¿Cuánto tiempo tardaría Zack en decidir que yo tampoco era la indicada?

CAPÍTULO 8

ZACK

Hacía dos días que no veía a Hope.

Me había enviado mensajes cortos y educados diciendo que tenía mucho trabajo y que debía viajar a Washington para organizar una boda de última hora. Quise creerle, pero su voz por teléfono sonaba distinta: distante, forzada, como si estuviera midiendo cada palabra. Cuando le pregunté si todo iba bien, solo contestó que estaba ocupada y que hablaríamos pronto.

No me lo tragué.

Estaba en mi despacho revisando unos contratos cuando mi secretaria me avisó por el intercomunicador.

—Señor Burnside, la señorita Addington está aquí. Dice que no tiene cita, pero insiste en verle.

Me levanté de inmediato.

—Hazla pasar.

Hope entró un minuto después. Llevaba un abrigo gris oscuro y el pelo recogido en una coleta baja. Su expresión era seria, casi fría. Cerró la puerta detrás de ella y se quedó de pie frente a mi escritorio sin sentarse.

—Hope —dije, intentando sonar calmado—. ¿Qué ocurre? Llevo dos días sin verte y tus mensajes…

Ella levantó una mano para detenerme.

—Necesito que me escuches sin interrumpirme. Por favor.

Asentí y me senté de nuevo, aunque todos mis instintos me pedían levantarme y acercarme a ella.

—Hace dos días me reuní con Lila, mi socia —empezó—. Dos clientas importantes han cancelado sus contratos con nosotras. Ambas buscaron otra empresa. El motivo es el mismo en ambos casos: los rumores de que estoy contigo. Al parecer, ya se sabe que me he liado con el novio cuya boda estaba organizando.

Hizo una pausa breve y continuó con voz firme.

—Mira…He roto una regla sagrada en este negocio. El novio siempre está fuera de los límites. Siempre. No importa si la boda se canceló, no importa si fue un flechazo o lo que sea que haya pasado entre nosotros. La percepción es que me acosté contigo mientras trabajaba para ti. Eso destruye la confianza. Nadie quiere contratar a la organizadora de bodas que se llevó al novio.

Respiré hondo, intentando procesar sus palabras.

—Hope, eso se puede arreglar. Puedo hablar con quien haga falta, puedo…

—No —me cortó ella, negando con la cabeza—. Me temo que no se puede arreglar. El daño ya está hecho. Probablemente Faith ya se haya enterado y eso solo empeora las cosas. Mi reputación profesional está en juego. Lila está furiosa, no solo por las cancelaciones, sino porque no le conté nada. Me ha dicho que necesita pensar si podemos seguir trabajando juntas.

Se quedó callada un momento, mirando al suelo antes de levantar la vista otra vez.

—He estado pensando…y creo que lo correcto es dejarlo llegados a este punto, Zack.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el pecho.

—¿Dejarlo? —repetí, levantándome lentamente—. ¿Estás rompiendo conmigo?

—Sí —contestó sin dudar—. Aunque eso no cambie la decisión de Lila, aunque pierda a mi socia y todo se derrumbe… creo que esto es lo que debo hacer. Mi trabajo es lo único que tengo. He construido esta empresa durante años y no puedo permitir que desaparezca por una relación que apenas lleva tres semanas.

Me quedé mirándola, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Estás anteponiendo tu trabajo a lo que tenemos?

—Estoy anteponiendo mi futuro —respondió ella, con la voz ligeramente temblorosa por primera vez—. Tú tienes tu imperio, tu dinero, tu nombre. Si esto sale mal, tú seguirás siendo Zack Burnside. Yo, en cambio, me quedaré sin clientes, sin socia y sin reputación. No puedo permitírmelo.

Di un paso hacia ella, pero me detuve al ver cómo se tensaba.

—Hope, esto no tiene por qué acabar así. Podemos llevarlo con más discreción, podemos esperar un tiempo, puedo ayudarte a reconstruir tu imagen…Te aseguro que tengo la capacidad para…

—No —volvió a cortar ella—. No quiero que me ayudes. No quiero que me rescates. Esto ha sido un error desde el principio. Me dejé llevar por la atracción, por la intensidad… pero la realidad es que tú cancelaste tu boda hace menos de un mes y yo estaba allí. La gente no va a olvidarlo. Y yo tampoco puedo olvidarlo.

Cada palabra suya se me clavaba más hondo. Intenté encontrar algo que decir, algo que la hiciera cambiar de opinión, pero mi

mente estaba en blanco. Solo sentía una rabia sorda y una incredulidad que no me dejaba respirar.

—Así que esto es todo —dije finalmente, con la voz más baja de lo que pretendía—. Tres semanas y ya está. Me dejas porque tu socia se ha enfadado y porque tienes miedo de lo que puedan decir los demás.

Hope apretó los labios.

—No es solo miedo. Es la pura realidad. Mi negocio depende de la confianza de las novias. Y ahora mismo esa confianza está muy en entredicho.

Se giró hacia la puerta. La vi caminar los pocos pasos que la separaban de la salida y sentí que todo se derrumbaba a mi alrededor.

—Hope —la llamé cuando ya tenía la mano en el pomo.

Ella se detuvo, pero no se giró.

—No hagas esto —dije—. No te vayas así.

Durante unos segundos eternos se quedó quieta. Esperé que se diera la vuelta, que me mirara, que dijera que lo había pensado mejor. Pero no lo hizo.

Abrió la puerta y salió sin mirar atrás.

Me quedé de pie en medio del despacho, mirando la puerta cerrada. El silencio que quedó después fue peor que cualquier discusión que hubiéramos tenido. Me pasé una mano por la cara y solté el aire lentamente.

No podía creerlo.

Después de semanas en las que todo parecía encajar, después de noches en las que la había sentido mía, después de sentir por

primera vez en mi vida que quería algo más que cerrar un buen acuerdo… ella lo dinamitaba todo por su trabajo.

Me acerqué a la ventana y miré la ciudad abajo. Manhattan seguía su ritmo habitual, ajeno a lo que acababa de pasar en este despacho. Yo, en cambio, sentía que algo se había roto de forma irreversible.

Me senté de nuevo en mi silla y apoyé los codos en el escritorio. La imagen de Hope saliendo sin girarse se repetía una y otra vez en mi cabeza.

Había perdido a la única mujer que había conseguido que quisiera cambiar mis reglas.

Y lo peor era que no sabía cómo recuperarla… ni si ella me dejaría intentarlo.

CAPÍTULO 9

HOPE

No sentí ni un ápice de alivio después de dejar a Zack.

Salí del edificio Burnside casi arrastrando las piernas y con el pecho vacío. Pensé que al llegar a casa me sentiría liberada, que al menos habría hecho lo correcto para mi negocio y para mi futuro. Pero no. Solo sentí un hueco grande y frío que no se llenaría con nada.

A las nueve de la noche ya estaba metida en la cama, con la luz apagada y la esperanza de que dormir borrara todo. Error enorme. A las diez seguía con los ojos abiertos mirando el techo. A las once me di la vuelta por décima vez. A las doce menos cuarto me rendí.

Me levanté, me puse unos vaqueros, una sudadera gruesa y las zapatillas de deporte. Necesitaba aire. Salir del apartamento. Caminar hasta que el cuerpo se cansara más que la cabeza.

El SoHo estaba tranquilo a esa hora. Bajé por Prince Street y giré hacia el oeste, sin rumbo fijo. El frío de la noche me golpeaba la cara y agradecí la sensación. Al menos algo me hacía sentir presente. Caminé durante casi una hora, cruzando hacia el Meatpacking District, dejando que las luces de las farolas y los pocos taxis que pasaban me distrajeran.

Y entonces los vi.

Estaban a unos treinta metros delante de mí, caminando despacio por la acera junto al High Line. Reconocí primero a Jeremy por su altura y su forma de andar. Pero la mujer que iba a su lado… esa risa ligera que llegó hasta mí era inconfundible.

Faith Branwell. La ex de Zack.

No parecía destrozada precisamente. No parecía la novia humillada que se había retirado a los Hamptons. Iba riéndose por algo que Jeremy acababa de decir, echando la cabeza ligeramente hacia atrás. Llevaba el pelo suelto y un abrigo camel que le sentaba perfectamente. Los dos caminaban muy cerca, con esa comodidad de quien se conoce bien.

Me detuve en seco, escondiéndome detrás de un grupo de personas que salían de un bar. El corazón me latía tan fuerte que pensé que podrían oírlo. ¿Qué demonios hacía Faith con Jeremy? ¿Y por qué se reía como si nada hubiera pasado?

Empecé a seguirlos desde la distancia, manteniendo al menos media manzana entre nosotros pero sin perderlos de vista. Caminaban sin prisa, hablando animadamente. En un momento Faith tocó el brazo de Jeremy y él se inclinó para decirle algo al oído. Ella volvió a reírse.

No era la risa de alguien que está sufriendo.

Continuaron varias calles más. Yo los seguía como en trance, incapaz de dar media vuelta. Entonces se detuvieron bajo la luz de una farola cerca de la entrada al High Line. Jeremy dijo algo más y Faith levantó la cara hacia él. Él bajó la cabeza y la besó.

No fue un beso rápido ni tímido. Fue un beso profundo, familiar, de esos que hablan de muchas noches juntos. Faith puso una mano

en su pecho y se acercó más a él. Jeremy la sujetó por la cintura con naturalidad, como si llevara meses haciéndolo.

Me quedé paralizada detrás de un coche aparcado. Todo encajaba de golpe y al mismo tiempo no encajaba nada. Jeremy era el mejor amigo de Zack. Faith era la ex prometida de Zack. Y ahora se besaban como si se conocieran íntimamente.

¿Cuánto tiempo llevaba esto pasando?

El beso terminó y ellos siguieron hablando en voz baja, con las frentes casi pegadas. Faith sonreía. Jeremy le apartó un mechón de pelo de la cara con una ternura que me revolvió el estómago.

Un taxi se detuvo junto a ellos. Jeremy abrió la puerta y dejó que Faith entrara primero. Antes de subir él miró alrededor un segundo, pero no me vio. Entró detrás de ella y el taxi se alejó por la avenida.

Me quedé allí, de pie en la acera, con el frío colándose por la sudadera y la mente dando vueltas a mil por hora.

Faith no estaba destrozada.

Faith no se había ido a los Hamptons a llorar por Zack.

Faith estaba con Jeremy.

Y Jeremy, el mismo que me había dicho "nunca había visto a Zack así" mientras cenábamos los tres, sabía perfectamente lo que estaba pasando.

Todo había sido una mentira.

Zack me había dicho que canceló la boda porque se había enamorado de mí desde el primer momento. Pero ¿y si la razón real era otra? ¿Y si Faith ya estaba con Jeremy y Zack lo descubrió? ¿O peor… y si los tres lo sabían y yo solo había sido el daño colateral perfecto?

Me apoyé contra la pared de un edificio, sintiendo que me faltaba el aire. Las imágenes se repetían: Faith riendo, el beso largo y familiar entre ellos, el taxi alejándose con ellos juntos. Recordé todas las noches en el ático de Zack, todas las veces que me había dicho que yo era diferente, que por fin sentía algo real.

¿Y si también me había mentido?

Empecé a caminar de vuelta a casa, pero ahora cada paso pesaba el doble. El frío ya no me molestaba. Solo sentía un vacío enorme y una rabia que empezaba a crecer despacio, mezclada con una tristeza que me apretaba el pecho.

Llegué a mi apartamento casi a las tres de la mañana. Me quité la sudadera y me senté en el borde de la cama, todavía con la ropa puesta. No encendí ninguna luz.

Todo lo que había sacrificado —mi socia, mi reputación, mi tranquilidad— podía haber sido por una historia que ni siquiera era real.

Zack me había mirado a los ojos y me había dicho que me quería.

Jeremy me había sonreído y me había dicho que estaba cambiando a su amigo.

Y Faith… Faith se reía mientras besaba al mejor amigo de su ex prometido.

Cerré los ojos con fuerza, pero las imágenes no desaparecían.

Por primera vez desde que todo empezó, no sabía qué creer.

Y lo peor era que ya no tenía a nadie a quien preguntar.

CAPÍTULO 10

HOPE

A la mañana siguiente le escribí a Lila un mensaje corto:

"¿Podemos vernos? Necesito hablar contigo."

Su respuesta llegó diez minutos después:

"OK. En nuestra cafetería de siempre. A las once."

Llegué quince minutos antes. Estaba nerviosa, con las manos frías y el estómago revuelto. Cuando Lila entró por la puerta, me sorprendió ver que no traía la cara seria del otro día. Se sentó frente a mí, pidió un cappuccino y me miró directamente.

—Oye Hope… Primero de todo, he estado pensando mucho estos días —empezó sin rodeos—. Y se me ha pasado el enfado.

Parpadeé, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí. Estaba muy cabreada. No solo por las cancelaciones, sino porque me enteré del lío por terceras personas y sentí que no confiabas en mí. Pero después de darle vueltas… entiendo por qué no me lo contaste. Yo habría flipado igual.

Solté el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Lila, lo siento muchísimo. De verdad. Nunca quise ocultártelo. Simplemente… todo pasó muy rápido y tenía miedo de tu reacción. Y los días pasaron tan rápido…

—Lo sé —dijo ella, removiendo su café—. Y también sé que las dos hemos construido esto juntas. No voy a tirar por la borda años de trabajo solo porque te hayas enamorado de un cliente problemático.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Enamorado?

Lila sonrió por primera vez.

—Vamos, Hope. Te conozco. Si no estuvieras enamorada no habrías arriesgado tanto. Dime la verdad: ¿lo estás?

Me quedé callada unos segundos, mirando la taza. Luego asentí lentamente.

—Sí. Estoy enamorada de él. No quería admitirlo ni siquiera a mí misma, pero… sí. Me he enamorado de Zack Burnside como una idiota.

Lila soltó una risita y negó con la cabeza.

—Madre mía. De todos los hombres de Nueva York, tenías que elegir al que canceló su boda de lujo hace un mes. Eres un caso perdido.

—No es gracioso —protesté, aunque una sonrisa pequeña se me escapó—. Ha sido un desastre. He perdido clientas, casi te pierdo a ti… y encima no dejo de pensar en él.

Lila se inclinó hacia delante, más seria ahora.

—Cuéntame todo. Desde el principio. Sin filtros.

Y se lo conté. Le hablé de la primera vez que entré en su despacho hecha una furia, del beso contra el escritorio, de las

semanas en su ático, de cómo me trataba cuando estábamos solos, de lo dulce que podía ser a pesar de su carácter. También le conté lo que había pasado ayer: cómo había ido a su oficina a romper con él y cómo me había marchado sin mirar atrás.

Lila escuchaba atentamente, con los ojos muy abiertos.

—Joder… —murmuró cuando terminé—. Entonces, ¿lo dejaste?

—Sí. Le dije que mi trabajo era lo primero y que esto no podía seguir.

—¿Y cómo te sientes ahora?

—Fatal —admití—. No he dormido. No siento alivio. Solo… vacío. Echo de menos su voz, su forma de mirarme, hasta sus mensajes a deshora. Pero hay más.

Lila levantó una ceja.

—¿Más?

Acerqué mi silla y bajé la voz.

—Aquí viene lo más fuerte. Prepárate para este salseo insuperable. Ayer por la noche no podía dormir. Salí a caminar y… vi algo muy raro. Vi a Jeremy, el mejor amigo de Zack, paseando con Faith.

Lila casi se atraganta con el café.

—¿Con Faith? ¿La ex prometida?

—Exacto. No parecía triste en absoluto. Se reía, hablaban muy cómodos. Los seguí un rato desde lejos porque no podía creerlo. Y entonces… se besaron. No fue un beso cualquiera, Lila. Fue un beso de verdad, con confianza, como si llevaran tiempo juntos.

Lila abrió mucho los ojos.

—¿Me estás diciendo que la ex de Zack está liada con su mejor amigo?

—Exactamente eso. Pararon un taxi y se fueron juntos. Me quedé de piedra.

—Hostia puta… —Lila se recostó en la silla, tapándose la boca con la mano y procesando la información—. Eso cambia muchas cosas. ¿Crees que Zack lo sabía?

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros—. Pero si Jeremy es su mejor amigo y Faith estaba con él… todo lo que Zack me contó sobre por qué canceló la boda cobra otro sentido. O tal vez no. Ya no sé qué creer.

Lila se quedó callada un momento, pensando. Luego suspiró.

—Esto es un culebrón de los buenos. Pero una cosa te digo: si estás enamorada de Zack, no puedes dejarlo todo tirado sin hablar con él. Mereces saber la verdad. Y él también merece saber por qué te fuiste de esa manera.

—Lo sé —dije en voz baja—. Por eso he venido a hablar contigo primero. Necesitaba arreglar lo nuestro antes de decidir qué hacer con él.

Lila extendió la mano sobre la mesa y apretó la mía.

—Estamos bien, Hope. Vamos a seguir juntas. Las clientas que se fueron… que se vayan. Ya vendrán otras. De hecho… —sonrió con picardía— han entrado dos nuevos clientes esta mañana. Una boda en Brooklyn para finales de mayo y otra más pequeña en junio. Vamos a tener que repartirnos el trabajo otra vez.

Sentí que se me quitaba un peso enorme de encima.

—¿De verdad?

—De verdad. No voy a dejarte sola con esto. Somos socias, ¿no?

Asentí, con los ojos empañados.

—Gracias, Lila. De verdad.

Ella se levantó y abrió los brazos.

—Ven aquí, tontita.

Nos dimos un abrazo fuerte en medio de la cafetería. Fue uno de esos abrazos que curan. Cuando nos separamos, Lila me miró con cariño.

—Ahora ve a hablar con tu millonario. Arregla el estropicio. Porque si estás enamorada de verdad, no puedes dejar que esto termine así.

Salimos juntas de la cafetería. Nos despedimos en la esquina con otro abrazo rápido y la promesa de vernos al día siguiente para empezar a organizar las nuevas bodas.

Mientras caminaba de vuelta hacia mi apartamento, las palabras de Lila resonaban en mi cabeza.

Tenía toda la razón.

No podía dejar las cosas como estaban con Zack. Le debía una explicación. Y, sobre todo, necesitaba contarle lo que había visto anoche: a Faith y a Jeremy juntos.

Pero más que eso… lo echaba muchísimo de menos. Echaba de menos su voz grave diciendo mi nombre, sus manos en mi cintura, la forma en que me miraba como si yo fuera lo único importante en su mundo.

Ya no quería seguir huyendo.

Tenía que ir a buscarlo.

Tenía que arreglarlo.

CAPÍTULO 11

ZACK

Estaba de pie frente al ventanal de mi despacho, mirando hacia abajo. Manhattan se extendía a mis pies como un hormiguero interminable: taxis amarillos que parecían juguetes, gente diminuta caminando deprisa, luces que empezaban a encenderse aunque todavía era de día. Era como un estado meditativo. Cuando algo daba vueltas en mi cabeza, me acercaba a aquella ventana y observaba el ritmo infernal de aquella hoguera de las vanidades.

No había pegado ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos veía la misma imagen: Hope saliendo de este despacho sin girarse, sin mirarme ni una sola vez.

Dos días.

Solo habían pasado dos días y ya sentía que me faltaba el aire.

Nunca imaginé que una mujer pudiera hacerme tanto daño con solo marcharse. Yo, que siempre había controlado todo, que nunca había suplicado por nada, ahora estaba aquí, destrozado por una pelirroja que había decidido que su trabajo valía más que lo nuestro.

Y aun así… no pensaba rendirme.

Me pasé una mano por la cara y respiré hondo.

—No voy a perderte, Hope Addington —murmuré para mí mismo —. Voy a luchar por ti hasta que me digas que pare. Aunque tenga

que ir a tu oficina, aunque tenga que plantarme en tu puerta, aunque tenga que esperar semanas. No pienso rendirme.

En ese momento sonó el intercomunicador.

—Señor Burnside, la señorita Addington está aquí. Pregunta si puede subir.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que casi me alarmó.

—Hazla pasar. Ahora.

Me giré hacia la puerta y esperé. Cuando se abrió, allí estaba ella.

Mi Hope.

Llevaba el pelo suelto, esa larga melena pelirroja cayéndole sobre los hombros como fuego líquido. Vestía un abrigo *beige* abierto y unos vaqueros sencillos, pero para mí estaba preciosa. Más que preciosa. Era lo más bonito que había visto en mi vida.

—Hope…

Ella cerró la puerta detrás de sí y se quedó allí, mirándome con esos ojos verdes que me habían vuelto loco desde el primer día.

—Zack… ¿podemos hablar?

Asentí.

—Claro. Ven.

La llevé hasta la terraza privada que había al final del despacho. El viento de octubre nos recibió, pero no me importó. Desde allí se veía toda la ciudad: el Hudson a un lado, los rascacielos brillando al otro. Manhattan a nuestros pies, como si el mundo entero nos estuviera observando.

Hope se apoyó en la barandilla y respiró hondo antes de hablar.

—Cometí un error —dijo sin preámbulos—. El otro día, cuando vine a romper contigo… cometí un error enorme.

Me quedé callado, dejando que continuara.

—Después de salir de aquí fui a casa destrozada. No podía dormir. Salí a caminar por la noche y… vi algo. Vi a Jeremy paseando con Faith.

Fruncí el ceño.

—¿Con Faith?

—Sí. No parecía triste. Se reía. Estaban muy cómodos. Los seguí un rato y entonces… se besaron. Fue un beso de verdad, Zack. Con confianza. Como si llevaran tiempo juntos. Después pararon un taxi y se marcharon.

Me quedé en silencio unos segundos, procesando lo que acababa de oír. Jeremy y Faith. Mi mejor amigo y mi ex prometida. Debería haberme sorprendido más, pero en realidad… encajaba. Muchas cosas que antes no tenían sentido ahora sí lo tenían.

—Alucino —admití—. Pero… no me importa.

Hope me miró confundida.

—¿No te importa?

—No —respondí con sinceridad—. Si Jeremy y Faith son felices juntos, me alegro por ellos. De verdad. Lo que me importa ahora mismo eres tú. Solo tú.

Ella bajó la mirada un momento, como si estuviera reuniendo fuerzas.

—Cuando los vi… entendí muchas cosas. Entendí que yo había antepuesto el "qué dirán" a lo que realmente sentía. Tenía miedo de perder mi negocio, miedo de que la gente hablara, miedo de acabar como Faith… o como creía que estaba Faith. Pero la verdad es que me daba más miedo perderte a ti. Y aun así, me fui. Te dejé aquí solo.

Dio un paso hacia mí.

—Te echo de menos, Zack. Te echo muchísimo de menos. Echo de menos despertar a tu lado, echo de menos tus mensajes, cómo me miras. Y me he dado cuenta de que mi trabajo importa, pero no tanto como esto. No tanto como tú.

Sentí que algo dentro de mí se recomponía de golpe.

—Hope… —murmuré, acercándome hasta que solo unos centímetros nos separaban—. Nunca había sentido lo que sentí cuando te vi por primera vez. Entraste en este despacho hecha una furia, dispuesta a gritarme, y yo solo pude pensar que eras la mujer más impresionante que había conocido nunca. Desde ese momento todo cambió. Cancelé la boda porque no podía casarme con otra cuando tú existías. No fue por Jeremy ni por Faith. Fue por ti. Solo por ti.

Levanté una mano y le acaricié la mejilla con el pulgar. Ella cerró los ojos un segundo, apoyándose en mi toque.

—Te quiero —dije sin dudar—. Te quiero como nunca he querido a nadie. Y si tengo que esperar, si tengo que pelear contra rumores, contra tu socia, contra toda Nueva York… lo haré. Porque no quiero una vida sin ti.

Hope abrió los ojos y vi que estaban llenos de lágrimas.

—Yo también te quiero, Zack. Aunque me haya costado admitirlo. Aunque haya sido una idiota estos días. Te quiero.

La atraje hacia mí y la besé.

Fue un beso lento al principio, casi tímido, como si los dos tuviéramos miedo de que el otro desapareciera otra vez. Pero enseguida se volvió profundo, intenso, lleno de todo lo que habíamos callado estos días. Mis manos se hundieron en su melena

pelirroja mientras ella se aferraba a las solapas de mi chaqueta. El viento nos rodeaba, Manhattan brillaba a nuestros pies, pero en ese momento solo existíamos nosotros.

Cuando nos separamos, apoyé mi frente contra la suya.

—No vuelvas a irte así, ¿vale? —susurré—. No vuelvas a marcharte sin mirarme.

—No lo haré —prometió ella, con una pequeña sonrisa—. Nunca más.

La besé de nuevo, esta vez con más suavidad, saboreando el momento. Luego la abracé fuerte, rodeándola con mis brazos mientras la ciudad seguía girando debajo de nosotros.

—Entonces… ¿esto significa que volvemos a intentarlo? —pregunté, sin soltarla.

Hope levantó la cabeza y me miró a los ojos, con esa chispa que tanto me gustaba.

—Significa que quiero intentarlo de verdad. Sin escondernos. Sin miedo al qué dirán. Solo tú y yo.

Sonreí y la besé en la frente.

—Solo tú y yo —repetí—. Y todo Manhattan como testigo.

Nos quedamos allí un rato más, abrazados en la terraza, con el viento revolviéndole el pelo y la ciudad extendiéndose infinita a nuestros pies.

Por primera vez en muchos años, sentí que todo estaba exactamente donde debía estar.

EPÍLOGO

HOPE

Dos años después…

—Hope, por Dios, ¡para quieta! Si sigues moviéndote así vas a arrugar el vestido y yo me voy a morir aquí mismo.

Lila estaba frente a mí, con las manos en las caderas y los ojos muy abiertos, como si estuviera a punto de desmayarse. Llevaba un auricular en la oreja y un portafolios lleno de notas que no paraba de consultar.

—Lila, respira —le dije, riéndome—. Llevas dos años organizando bodas. Está todo controlado.

—Precisamente por eso estoy así —contestó, ajustándome el velo por enésima vez—. Es la boda de mi socia y mejor amiga. Si algo sale mal, te juro que me tiro por el balcón del Plaza.

—Nada va a salir mal —le aseguré—. Y aunque saliera, seguiría casándome con Zack. Aunque tuviera que hacerlo en vaqueros y con un ramo del supermercado.

Lila soltó una carcajada nerviosa y se dejó caer en la silla que había junto al espejo.

—Dos años. Dos años desde que casi me da un infarto cuando me contaste que estabas con él. Y ahora mírate… a punto de casarte con el mismo hombre que una vez llamé "psicópata con traje caro".

Sonreí mientras me miraba en el espejo. El vestido era sencillo pero elegante, con un escote en pico y una cola que caía perfecta. Mi melena pelirroja caía suelta en ondas suaves, tal como a Zack le gustaba.

—Han pasado muchas cosas en estos dos años —dije—. Tú y yo seguimos juntas, la empresa creció, y Zack… bueno, Zack sigue siendo Zack. Arrogante, meticuloso y ahora… completamente mío.

Lila levantó una ceja.

—¿Y Jeremy y Faith? ¿Cómo va eso? Porque la última vez que Zack habló de ellos en la cena de ensayo casi se atraganta de la risa.

Me encogí de hombros.

—Zack los ha aceptado. Tardó unos meses en digerirlo, pero al final lo hizo. Dice que si Jeremy es feliz con la mujer que casi se casó con él, mejor para todos. Aunque no pierde ocasión de criticarlos. Ayer mismo, cuando llegaron al último ensayo, Zack le dio una palmada en la espalda a Jeremy y le dijo: "Tranquilo, esta vez no pienso cancelar la boda".

Lila soltó una carcajada.

—Dios, ese hombre no tiene remedio. Pero me alegra que estén aquí. Faith parece realmente feliz. Y Jeremy… nunca lo había visto tan relajado.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Era Paige, nuestra nueva ayudante.

—Hope, el coche está listo. Faltan quince minutos.

Lila se levantó de un salto.

—¡Quince minutos! ¡Vamos, vamos, vamos!

Me cogió del brazo y salimos de la *suite* nupcial del Plaza. Mientras bajábamos en el ascensor privado, Lila no paraba de hablar.

—Recuerda: cuando entres, camina despacio. Mira a Zack. No mires a los invitados. Y si se te cae el ramo o te tropiezas te mato.

—Lila, relájate —le dije riendo—. Soy yo la que se casa, no tú.

—Exacto. Por eso estoy más nerviosa que tú.

El trayecto hasta la iglesia de St. Thomas fue corto. Cuando el coche se detuvo, Lila me dio un último repaso y me abrazó fuerte.

—Te quiero, Hope. Y estoy muy orgullosa de ti.

—Yo también te quiero —respondí, devolviéndole el abrazo—. Gracias por organizar la mejor boda del mundo.

Salí del coche y el fotógrafo empezó a disparar. Caminé hacia la entrada de la iglesia con el corazón latiéndome fuerte. Dentro sonaba el piano, nítido y elegante. Respiré hondo y entré.

Todos los invitados se pusieron de pie. Vi a Jeremy y a Faith en uno de los bancos delanteros. Ella me sonrió con cariño y Jeremy levantó el pulgar discretamente. Zack estaba de pie al final del pasillo, junto al altar.

Me quedé sin aire.

Estaba guapísimo con el traje negro hecho a medida, el pelo peinado hacia atrás y esa mandíbula tensa que siempre me había vuelto loca. Pero lo que más me llamó la atención fue su cara: estaba pálido. Nervioso. Miraba hacia el fondo del pasillo como si temiera que en cualquier momento yo pudiera dar media vuelta y marcharme.

Sonreí para mis adentros. Después de todo lo que habíamos pasado, después de dos años juntos, todavía tenía miedo de que lo dejara plantado.

Empecé a caminar. Paso a paso. Sin prisa. Quería que me viera bien. Quería que supiera que esta vez no me iba a ninguna parte.

Cuando llegué al altar, Zack soltó el aire que parecía haber estado conteniendo durante minutos. Sus ojos grises brillaron y una sonrisa lenta, aliviada y feliz se dibujó en su cara.

—Estás aquí —murmuró cuando me puse a su lado.

—Estoy aquí —respondí en voz baja—. Y no pienso irme.

El oficiante empezó la ceremonia, pero yo apenas lo escuchaba. Solo podía mirar a Zack.

Cuando llegó el momento de los votos, él habló primero. Su voz era firme, pero había un ligero temblor que solo yo podía notar.

—Hope, hace dos años entré en una oficina convencido de que controlaba mi vida. Y entonces apareciste tú, gritándome, desafiándome y cambiando todo mi mundo en cinco minutos. Te quiero desde aquel primer beso contra mi escritorio. Te quiero cuando discutes conmigo, cuando te ríes, cuando te quedas dormida en el sofá con el portátil encima. Y te prometo que nunca, nunca, voy a cancelar nada que tenga que ver contigo.

Los invitados rieron suavemente. Yo también.

Luego llegó mi turno.

—Zack, te conocí como el cliente más complicado e insoportable de mi carrera. Y ahora eres el hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida. Gracias por no rendirte cuando yo casi lo hice. Gracias por quererme incluso cuando yo tenía miedo. Te quiero. Hoy, mañana y todos los días que vengan.

Intercambiamos los anillos. Cuando el cura dijo "puedes besar a la novia", Zack no esperó ni medio segundo. Me atrajo hacia él y me besó como si lleváramos dos años esperando ese momento exacto. Fue un beso intenso, rebosante de todo lo que habíamos vivido: las

peleas, las reconciliaciones, las noches en su ático, las risas y todos los miedos superados.

Cuando nos separamos, los aplausos llenaron la iglesia.

Mientras caminábamos por el pasillo como marido y mujer, Zack se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Sabes que Jeremy y Faith se han sentado juntos, ¿verdad? Ya no se esconden lo más mínimo. Si se casan antes que nosotros tengamos el primer hijo, les voy a recordar toda la vida que yo llegué primero al altar.

Me reí y le apreté la mano.

—Sé bueno.

—Soy bueno —contestó con esa sonrisa arrogante que tanto me gustaba—. Contigo soy el mejor.

Fuera de la iglesia, Manhattan nos esperaba con su bullicio de siempre. Lila corrió hacia nosotros y nos abrazó a los dos.

—Ha sido perfecta —dijo, secándose una lágrima—. La mejor boda que he organizado nunca.

Zack la miró con cariño.

—Gracias, Lila. Por todo.

Ella le guiñó un ojo.

—Más te vale tratarla bien, Burnside. O te organizo el divorcio más caro de la historia.

—Eso no será necesario —respondió él, rodeándome la cintura con el brazo.

Más tarde, en el cóctel que se celebró en la terraza del Plaza, vi a Jeremy y a Faith charlando animadamente con otros invitados. Zack se acercó a ellos, les dio una palmada en la espalda a cada uno y, con tono burlón, dijo:

—Vosotros dos… sigo sin entender cómo acabasteis juntos, pero me alegro. Aunque sigo pensando que me debéis una boda cancelada.

Jeremy soltó una carcajada.

—Te debemos mucho más que eso, amigo.

Faith me miró y sonrió.

—Gracias por invitarnos, Hope. De verdad.

—Sois familia —respondí simplemente—. Y la familia se invita.

Zack me cogió de la mano y me llevó un poco aparte, hacia la barandilla desde donde se veía Central Park bañado por la luz dorada de la tarde.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja.

—Más que bien —contesté—. Estoy exactamente donde quiero estar.

Él me besó en la sien y murmuró:

—Dos años atrás pensaba que había perdido la cabeza por ti. Ahora sé que no. Solo encontré lo que llevaba buscando toda la vida.

Me apoyé contra su pecho y miré la ciudad que tanto nos había visto pelear y querernos.

—Pues bienvenido a casa, señor Burnside —dije.

Él sonrió contra mi pelo.

—Bienvenida a casa, señora Burnside.

Y allí, con Manhattan a nuestros pies y el resto de nuestra vida por delante, supe que esta vez sí era para siempre.

No porque fuera perfecto, sino porque era nuestro.

◆ ◆ ◆

Puedes encontrar más historias de *Millonarios de Manhattan* aquí. Todas se pueden leer de forma independiente y en cualquier orden.

NOTA DE LA AUTORA

¡Gracias por escoger esta historia! Si deseas estar al tanto de mis publicaciones puedes apuntarte a mi lista de correo aquí . Envío emails con novedades de vez en cuando. O dale al botón de "seguir" en mi página de autora en Amazon para recibir notificaciones de próximas historias y ver todas las que he publicado hasta la fecha.

Si lo deseas puedes encontrarme en Facebook o Instagram (busca "Elsa Tablac" en tu red social favorita).

¡Hasta la próxima!
Elsa

SERIES PUBLICADAS

¿Quieres leer más mininovelas como esta? Te llevarán muy poco rato, están pensadas para ser leídas y disfrutadas en poco más de una hora. Todas mis historias se pueden leer de forma independiente y en el orden que elijas; pero la mayoría está dentro de series temáticas. Estas son algunas de las más populares:

MILLONARIOS DE MANHATTAN

¿TRABAJO O PLACER?

MINIS

PASIÓN SIN FRONTERAS

OFICINA WONDERBOOKS

HOTEL PARADISO